

PRESENTACIÓN

Semana Santa, patrimonio y turismo, tres conceptos que, en los últimos años, se han entrecruzado. En un pasado, no tan lejano, no existía relación entre ellos; ahora sí y, difícilmente, dejará de existir en el próximo futuro. Aunque la pandemia de la Covid-19 haya modificado nuestra percepción más inmediata de los hechos, no es probable que altere la realidad de fondo.

1. VAYAMOS AL PASADO

Si nos fijamos en el pasado nos encontramos con que nacen una serie de actividades que van más allá de las celebraciones estrictamente litúrgicas de la Semana Santa. Son actividades creadas y promovidas por individuos concretos, creyentes, que, en virtud de su fe, quieren realzar y dar la mayor profundidad posible a la celebración de la semana más importante del año litúrgico cristiano. Por ello originan, animan y promueven cofradías, representaciones de la Pasión, viacrucis, oraciones públicas, componen canciones, etc. Actividades ligadas a sujetos particulares, creyentes; orientadas a vivir y animar la fe de otros creyentes. “Este año la Parroquia realiza una representación de la Pasión”, o una procesión, u otra actividad; es decir, el párroco, o un laico, o quien sea, organiza con un conjunto de personas una procesión con motivo de la Semana Santa y con la pretensión de celebrar su propia fe y animar la fe de la propia comunidad.

Es claro que podemos distinguir entre participantes y asistentes. Están, en primer lugar, los cofrades, los que actúan en la representación de la Pasión, o en cualquier de las actividades que se desarrollan, más allá de la liturgia, en esos días. Personas fuertemente concienciadas por su fe. Por otro lado, tenemos a los asistentes de la parroquia o de la comunidad; van y participan en virtud de su fe. La fe individual, vivida comunitariamente, es el factor determinante que da origen a todos estos actos. Estamos ante

una serie de actividades confesionales. Es algo surgido desde la fe cristiana y que tiene su sentido en el marco de la vivencia comunitaria de dicha fe. Gracias a que hay sujetos que «inventan», motivados por su fe, actividades en el ámbito de «su» comunidad cristiana y que la comunidad las asume como propias, brota todo esto. Pudiéramos insistir en que estamos en el marco de una sociedad mayoritariamente cristiana, pero, en realidad, esto no es tan relevante para el caso que nos ocupa, el origen de toda esta serie de celebraciones. De hecho, en ocasiones, se crean cofradías o se inician actividades en tiempos y lugares no especialmente marcados por una confesionalidad masiva.

¿Podemos hablar aquí, en este momento, de patrimonio? Efectivamente hay un patrimonio cultural pasivo, es decir, todas estas actividades vienen impregnadas por factores culturales del tiempo y lugar. Reflejan las vivencias y la cultura de los participantes, de su comunidad, de su tiempo; pero esas mismas actividades no las podemos considerar, en sentido estricto, como patrimonio activo en sí. «Este año la parroquia hace una representación de la Pasión». ¿Patrimonio?, en un sentido fuerte del término no lo es. El año que viene a lo mejor ya no se repite y, quizá, nadie la eche en falta.

Tenemos pues tres componentes: una fe activa individual vivida en comunidades creyentes particulares más allá del conjunto social que puede ser mayoritariamente creyente o no; un patrimonio cultural pasivo, en cuanto dichas actividades reflejan una cultura; y una pretensión espacio-temporal limitada en cuanto son actividades ceñidas a la vida de la propia comunidad, a los presentes que están allí y entonces, participen directamente o no en la realización de dichos actos. Si usamos la expresión «religiosidad popular» para calificar dichos actos, el acento, en su origen, está en el término «religiosidad».

2. CON EL PASO DEL TIEMPO

El paso del tiempo ha ido cargando muchas de estas celebraciones de un carácter social, no solo confesional, sino también identitario. «Nosotros celebramos así las procesiones de Semana Santa», lo cual supone, evidentemente, que sabemos que otros lo hacen de otra manera. Estamos ante una «celebración de la fe» tal y como «nosotros» la vivimos. Según va creciendo, con el paso del tiempo, el factor relativo al «nosotros», en paralelo al de «celebramos la fe», nace y se desarrolla un «patrimonio» cultural intangible. Tales celebraciones son las «nuestras», reflejan nuestra cultura, nuestra manera de ser, nuestra forma de enfocar la vida. Nos identificamos en ellas y con ellas. Son nuestro patrimonio, constituyen «lo nuestro».

Este componente social identitario, al que ha dado lugar la repetición en el tiempo de las celebraciones, va más allá del mero componente comunitario religioso. Es más, en ocasiones, cobra un peso específico y vida propia, aun existiendo una pérdida de fe personal. Puede darse la paradoja del cofrade no creyente, algo que sería absurdo en sus orígenes. O la siempre conflictiva relación entre autoridad religiosa y cofradías, pongamos por caso, en cuanto que para la autoridad religiosa lo prioritario en dichas

actividades ha de ser siempre el carácter confesante explícito de la fe y todo lo demás sería secundario.

Hablar de celebraciones con conciencia de que forman un patrimonio cultural, ligado indisolublemente a lo religioso, supone ampliar el círculo y el alcance de lo que se hace. Las celebraciones dejan de tener un exclusivo carácter *ad intra* de la comunidad creyente, pasan a ser algo que se realiza pensando en un «nosotros» más amplio, el de toda una colectividad. Con ello, además de posibilitar que el núcleo confesional más estricto pueda ver una posibilidad de evangelización con tales celebraciones a toda una comunidad social más amplia; se introduce implícitamente a los que son ajenos a la propia comunidad. Si sabemos que es nuestro patrimonio, sabemos que otros no tienen ese patrimonio y, además, lo más seguro, nos interesa que otros sepan que este patrimonio responde a un «nosotros» que quiere ser reconocido por los «otros». Estén físicamente presentes o no, los «otros» están implicados al tener nosotros conciencia explícita de que determinado acto constituye parte de nuestro patrimonio cultural. La procesión ya no es solo expresión de una fe comunitaria, es afirmación también de una identidad comunitaria y, por lo tanto, búsqueda de reconocimiento en un ámbito más extenso al de la comunidad confesional o al de la más amplia comunidad cultural propia en la que está inserta dicha comunidad confesional.

La asistencia de fuera reafirma la propia celebración. Pudiera pensarse que con el paso del tiempo y la pérdida de peso social de la fe se diluirían las celebraciones de Semana Santa. Ha pasado justo al revés en cuanto el componente identitario se ha entrecruzado. En el caso particular nuestro el auge de las celebraciones de la Semana Santa ha ido en paralelo a la secularización de la sociedad en el marco, hay que dejarlo bien claro, del desarrollo político del estado de las autonomías. ¿Qué hubiera pasado en otro marco socio-político? No lo sabemos.

La consideración de nuestra celebración como patrimonio cultural conlleva un interés implícito en que otros vengan a verlo y, por tanto, vengan a vernos a nosotros. En su origen alguien de fuera podía asistir a la celebración, el interés primero era participar de la fe de aquella comunidad, era un «peregrino» que asistía en virtud de su fe y de la fe de aquella comunidad. Estamos ante peregrinos que asistían a celebraciones de la fe que hacían otros creyentes, no con la intención de que ellos las vieran, pero sí abiertas a la participación de cualquier creyente viniera de donde viniera. La consideración añadida de nuestra celebración como patrimonio supone el introducir la pretensión de que otros vengan no sólo ya en cuanto peregrinos.

Los tres componentes que señalábamos al final del punto interior se amplían. Seguimos teniendo la fe individual y comunitaria de esa Iglesia local, y el patrimonio cultural pasivo, pero ahora, además, está implicado el conjunto de la comunidad social, y estamos ante un patrimonio activo de la propia comunidad. La perspectiva deja ser exclusivamente local, hay una apertura consciente al exterior. Si antes hablábamos de «religiosidad» ahora hay que poner con el mismo peso el calificativo de «popular». El pueblo se expresa en ellas porque existe tal pueblo y viceversa, hay pueblo en cuanto hay expresiones colectivas de su existencia. Distinguir entre lo sustantivo y lo adjetivo

será más bien asunto del estudioso; según su propio marco de creencias interpretará la celebración como ejemplo de «Religiosidad popular» o como caso paradigmático de «religiosidad Popular». La carga teórica del antropólogo, o del teólogo, propician una interpretación u otra. No dejan de ser interpretaciones de matiz.

3. Y AHORA EN EL PRESENTE

Hasta ahora nos habíamos encontrado con los participantes, digamos cofrades, y con los asistentes del lugar; teníamos, además, ampliado el círculo, una participación no solo como expresión y celebración de la fe, sino también una conciencia «patrimonial» de la celebración. Lo que «siempre» hemos hecho y que nos identifica como comunidad ante otras comunidades. Lo celebrativo y lo identitario iban de la mano, la fe y la afirmación de nuestra realidad social y cultural autónoma y propia. Algo que se acentuaba en cuanto empezaban a venir a ver lo que hacemos nosotros y se reafirmaba, de un modo en principio impensado, el «nosotros». Pero resulta que ahora comienzan a llegar de todo punto y lugar. Vienen los turistas.

El diccionario define el turismo como: «actividad o hecho de viajar por placer». Algo que siempre había existido como lujo de ricos y que ha pasado a ser consumo de masas en virtud del desarrollo económico de la sociedad. Con la llegada del turismo nuestra espiral de acontecimientos se amplía. Surgen una serie de intereses económicos que propician el asentamiento desde la perspectiva socio-política de todos los actos celebrativos de la Semana Santa. Ahora bien, en cuanto a la propia dinámica de las celebraciones, esos intereses no son de importancia nuclear. Sí lo es otro aspecto que comienza a tener un peso esencial en la dinámica interna de las celebraciones. Para que vengan a vernos «por placer» habrá que hacer las cosas bien, tendrá que haber «belleza».

La búsqueda de la belleza era algo implícito desde el principio en las celebraciones; si se hacía una representación de la Pasión, por supuesto había que intentar hacerla lo mejor posible. Pero, siendo sin duda importante, no era un factor que tuviera en sí un peso decisivo. Ahora sí lo tiene, no será lo mismo la imagen que demos, y por tanto el atractivo que tengamos, con una iluminación que con otra; habrá que considerar, y ensayar, multitud de aspectos para que la celebración o la procesión tenga la mayor calidad estética posible. Hay una búsqueda consciente de la belleza. Y no solo para reflejar, por ejemplo, la belleza de una talla concreta en sí misma, sino para reflejar la belleza de la talla en los cánones de belleza del espectador contemporáneo inmerso en una particular cultura audiovisual. Resulta claro que no existe la conciencia de pensar que los turistas van a venir a celebrar la fe con nosotros, incluso también puede producirse cierta dilución de la consideración identitaria patrimonial, pero se acentúa la perspectiva de que la gente viene porque hacemos algo bello, por tanto, digno de ser admirado en nuestro mundo global. La gente va de turista a ver cosas bellas, lugares bellos, también celebraciones bellas. Va por placer y porque esos lugares y celebraciones merecen

la pena ser vistos, son dignos de visitar. También nosotros y nuestras celebraciones, importamos en un mundo global, son bellas, son valiosas, somos valiosos.

4. RESPECTO AL FUTURO

Semana Santa, patrimonio y turismo, tres elementos que se han entrecruzado y han producido una espiral de fenómenos en la que, difícilmente, podemos prever lo que ocurrirá en un futuro. De todas formas, sí sabemos lo que ocurre en el presente. La celebración de la Semana Santa, algo que siempre ha estado en el núcleo más profundo de la vivencia de la comunidad cristiana, ha propiciado una visibilidad de la propia comunidad cristiana en el marco de una sociedad secularizada de una forma que, en los años ochenta, por poner una fecha, nadie podía imaginar. De hecho, a veces da la impresión, de que la única alternativa presentada por los núcleos más confesantes de la secularización en nuestra sociedad es proponer la playa, la huida de las ciudades, como única salida para no verse envueltos en toda una red de celebraciones y simbología cristiana con la que, vayan a la ciudad que vayan, se van a encontrar. Y, aun así, esta opción resulta problemática, la propia red de intereses económicos y políticos de todo tipo que se ha tejido alrededor de la Semana Santa obligan a promocionar la propia Semana Santa, aunque no se crea en nada de la Semana Santa.

Una espiral de acontecimientos que tiene un núcleo último: la experiencia cristiana. Lo «sagrado cristiano» por decirlo así está en el origen. Y lo sagrado sigue presente en lo identitario porque la mera repetición de actividades a lo largo del tiempo no crea ninguna identidad, ni ningún patrimonio por sí mismo. Por muchos teatros veraniegos que realicemos, y por mucha infinidad de representaciones de acontecimientos históricos y mercados medievales que organicemos, allí sólo tendremos actores que saben que son actores, espectadores que saben que son espectadores y, por supuesto, movimiento económico. Participantes conscientes de estar en un gran teatro colectivo, pero nada más. La procesión del Santo Entierro es otra cosa, y la cofradía de la Virgen de los Dolores también. Todo el mundo es consciente de ello. ¿Identidad? Como no se entremezcle algo último, llamemos «sagrado», allí no crecerá ninguna identidad laica que pueda sustituir a la de toda la vida por más subvenciones que reguemos. Ocurrirá como ha sucedido con muchos de esos pretendidos edificios emblemáticos y de arquitectura de diseño que iban a revolucionar nuestra percepción del espacio local, millones de euros de nuevo rico gastados total, para al final, continuar todos sacándonos la foto delante del Pilar.

Lo sagrado inasible, que se desliza entre nuestros conceptos en desafío permanente. No digamos nada de la belleza cuando lo que hay detrás, creando belleza, es precisamente lo sagrado. Resulta simpático escuchar las expresiones del turista que tuvo la suerte de que se detuviera la procesión justo en el momento en que la imagen de la Soledad quedaba clavada a tres metros delante de él, sola ante él, y que una y otra vez se tira de los pelos por no haber tenido los reflejos suficientes para guardar esa

imagen, única, en su móvil. Trescientas fotos y la importante, la que reflejaría la belleza que le dejó atónito, la que por sí sola justificaba todo un viaje y cientos de euros gastados, se le escapó, fue incapaz en ese preciso momento de mover un solo dedo, nunca la podrá subir a la red. No importa, qué más da, siempre tendrá grabada en la memoria el misterio y la belleza de una mirada que fue solo para él.

Lo «sagrado», un término y un concepto que persigue toda la historia de la antropología en una compleja relación de amor y odio. Por la religión nació la antropología, con ella creció, sin ella no sabría qué hacer. ¿Desmenuzar estructuras de parentesco?, puro entretenimiento. Al final lo que de verdad fascina al entendimiento son cuatro cosas y ante la antropología, privilegiada, se presenta una y otra vez, por más que la quiera eludir, esa realidad última con la que nos topamos en la vida y que vagamente intentamos conceptualizar y expresar. Lo sagrado parece desaparecido de nuestro mundo secularizado; nada más lejano de la realidad, basta con salir a la calle cualquier Viernes Santo. Año tras año vuelve a presentarse en desafío permanente a nuestra comprensión.

La antropología seguirá en su labor de estudiar e interpretar la Semana Santa y bienvenido sea este libro que presentamos sobre ella. Resulta buen objeto de estudio, inagotable, nunca se terminará de dar cuenta del misterio que esos días encierran. Por más que intente comprenderla, al final, desde el principio, siempre se enfrentará con lo sagrado que encierra. Siempre. Lo sagrado constituido en permanente interlocutor de la antropología; lo sagrado que quizá, incluso, juegue con ella bajo una multitud de lenguajes y expresiones; que quizá espere a que ésta, si quiere, termine por vislumbrar su reflejo, pálido, pero pleno de belleza, en los ojos del cofrade que brillan escondidos el instante después de haberse cubierto con su tercerol. Ese instante en el que retumba su presencia, en nuestro sobrecogido silencio, con el primer redoble de tambor.

Fernando Joven Álvarez, OSA
Estudio Teológico Agustiniiano de Valladolid